

LAS IDEAS PEDAGOGICAS DE SAN IGNACIO DE LOYOLA

San Ignacio no condensó sus ideas pedagógicas en libro alguno que se pueda considerar como la síntesis oficial de su manera de ver el problema de la educación. Es que tampoco fué él ni un escritor ni un pensador de profesión; era, ante todo, un hombre de realidades, de acción. Pero su acción era profundamente reflexiva; jamás tomó decisión alguna importante sin madurarla a su gusto. Los resultados de estas consideraciones penetrantes, ocasionadas y, por decirlo así, dirigidas por las necesidades de una acción, han quedado consignadas en tres obras: un libro de dirección ascética, *Ejercicios Espirituales*; un código de legislación religiosa, *Las Constituciones de la Compañía de Jesús*, y una colección muy numerosas y variada de *Cartas e instrucciones* que llenan su fecunda carrera de Prepósito General de la Orden que fundara.

Tales son los documentos auténticos y directos sobre el pensamiento de San Ignacio. A ellos se recurre siempre que hay que estudiar las ideas pedagógicas que han regido y rigen fundamentalmente la labor de la Compañía de Jesús.

Los *Ejercicios Espirituales* son una preciosa mina para investigar la metodología ignaciana, aunque no debemos confundir los preceptos ascéticos con las directivas pedagógicas, ni la exposición clara y sencilla de la vida espiritual con la dolencia escolar, ni un documento de psicología religiosa con un texto de psicología pedagógica. Sabiendo seleccionar, los *Ejercicios Espirituales* ofrecen, además de un subido valor de educación espiritual y moral, determinados preceptos humanos, universales, superiores. Las *Constituciones*, escritas en diversas épocas, recogen las comprobaciones, pruebas y experiencias hechas en los primeros tiempos de la vida común, las memorias y pareceres pedidos a hombres competentes, las largas meditaciones y fervientes oraciones del Santo; con-

junto que se redactó definitivamente fué aprobado en 1558, después de la muerte del Fundador. Es una publicación colectiva en cierta manera, selectiva y de amplísimo criterio, pero debida en su totalidad a la inspiración de Ignacio y en su mayor parte a su misma pluma. La cuarta parte de esta obra magnífica se dedica principalmente a nuestro tema. Dividida en 17 títulos o capítulos, trata de los COLEGIOS Y UNIVERSIDADES y forma lo que se llama *la ley orgánica de la enseñanza y educación* de la Compañía de Jesús.

Finalmente, las *Cartas* son muy numerosas y muy variadas. Algunas son verdaderos tratados morales, como la de la «perfección» y la de la «obediencia»; otras son notas sueltas de un administrador prudente y solícito. En muchas se ventilan negocios de colegios, organización material, problemas metodológicos, selección de textos y alumnos, formación de profesores especializados, observación del alumno, adaptación de la enseñanza a la categoría individual, programas, actos académicos, gratuidad de la enseñanza, avisos, advertencias, etc. Las instrucciones pedagógicas sobre la erección y gobierno de colegios y universidades nos dan preciosos pormenores.

Todos estos documentos y otros posteriores servirán para la redacción de la *Ratio Studiorum* de la Compañía de Jesús, que, diversas veces retocada y modernizada, ha sido y es el código máximo de la ingente obra educativa, no sólo escolar, de la Compañía de Jesús. Independientemente de *La Ratio* y de la labor multifacética de los jesuitas y de la Compañía, la obra pedagógica llevada por San Ignacio es maravillosa, muy completa y de gran categoría social, como lo demostraron esquemáticamente en este artículo.

San Ignacio recibió una esmerada formación aristocrática y mundana, primero en la Torre-Castillo de Loyola y en la corte de los Reyes Católicos, y luego, también militar, en los ejércitos reales, destacándose por su bravura y fidelidad a la unidad, grandeza y libertad de España, hasta que sucumbió en el sitio de Pamplona. Este gran mutilado de guerra pasó del servicio del rey temporal al de Sumo Capitán de los Buenos. En su nueva ruta empezó por prepararse adecuadamente, teniendo por guía al Espíritu Santo, que lo llevaba en la tolvanera de un camino

incierto a la seguridad de un caudillaje universal. Estudió. Desde 1524 se dedica intensamente a los libros, recogiendo al mismo tiempo una larga serie de experiencias pedagógicas. Al principio estudia en Barcelona, ejerciendo simultáneamente una influencia profunda sobre numerosos discípulos. Más tarde pasa a las Universidades de Alcalá, Salamanca y París, consiguiendo el grado de Licenciado en Filosofía en 1533 y del de Maestro o Doctor en Artes el 14 de marzo en 1535. Cuando abandonó definitivamente las aulas, el futuro reformador de la enseñanza llevaba al mismo tiempo que una ciencia sólida, un precioso tesoro de observaciones comparativas acerca del régimen universitario de España y de Francia. Tesoro que enriquecerá bien pronto en Italia, donde tiene tiempo y espacio de observar otra forma de enseñanza que él mismo llamará *modus italicus*, el modo o sistema italiano.

Desde fines de 1535 se encuentra en Venecia con sus compañeros, todos ellos doctores por la Sorbona, y decididos, por diversas razones, a formar una Orden religiosa, uno de cuyos ideales sería la educación de la niñez y de la juventud. Empiezan sus actividades específicas en el Norte de Italia y en la capital del mundo católico: enseñar la Religión. Para ello utilizan dos medios: enseñar el Catecismo a las gentes rudas y profesar la Teología positiva y escolástica en la Universidad romana de la SAPIENTIA. San Ignacio se ocupa de los suyos, en orientarlos y dirigirlos, y desde 1541, ya Prepósito General de la Compañía, en organizar toda la ingente labor que llevan a cabo y la que asoma por el hermoso horizonte de una promesa ubérrima. Uno de los temas que ha de tocar es el de la enseñanza. Lo va a examinar desde el punto de vista máximo: la unidad católica.

Un imponente desorden reinaba en Europa, que había roto la unidad católica. Ignacio ambiciona restituir esa unidad en todas sus formas. Por espacio de dos siglos las Universidades se habían separado de la Cátedra de Pedro, y, por consiguiente, toda la enseñanza sagrada y profana de su regla infalible; la Filosofía se había separado de la Teología y ambas del humanismo profano; se había separado la razón de la fe, el clero de una nación del clero de la otra, y las naciones unas de otras; se habían alzado entre ellas las barreras de los egoísmos reales,

de las ambiciones, de las legislaciones, de las lenguas, todo se tornaba celosamente nacional y anticatólico.

San Ignacio organiza el apostolado de la Compañía de tal forma que las Universidades puedan volver a someterse a la Santa Sede, que la Teología se una a la Sagrada Escritura, que la Filosofía concuerde con la ciencia sagrada, que la enseñanza teológica y filosófica sea precedida, sostenida y fecundada por el humanismo, que todas las ciencias profanas sean orientadas hacia un fin único, que la razón y la fe vuelvan a ser hermanas, que el clero tenga medios de familiarizarse con el movimiento intelectual del mundo, que haya, finalmente, entre las naciones autónomas, por encima de los bienes privativos de cada nación, un bien común, una lengua, un espíritu, una doctrina, una verdad una caridad católicas.

Por esta razón, en las *Constituciones* vemos al Fundador tan preocupado en salvar y fortalecer la unidad de la Compañía, a fin de salvar y fortalecer la del mundo. Insistirá sobre la unidad de pensamiento, sobre la unidad de doctrina, sobre la unión de los ánimos y sobre el vínculo de la obediencia, sobre todo, sin el cual la cohesión no podría ser sólida ni constante. La obediencia total a Roma debía dar eficacia universal a la autoridad de la Santa Sede, y la enseñanza y educación de mancomún conducirían de nuevo a esa Europa destrozada hacia la unidad católica.

Con la esperanza de reformar el mundo, abrazó este medio de la educación e instrucción de la niñez y de la juventud, elevando al mismo tiempo un frente de batalla ante el enemigo, que se esforzaba en la perversión de aquéllas. Por eso, previendo que no habría en las escuelas de la Compañía un gran concurso ni sólo se instruía a la juventud en la piedad y religión, y considerando, por otra parte, que las Universidades se infectaban de día en día con el veneno de la herejía, pensó que para atraer a los escolares e inmunizarlos contra el error, era menester abrir clases públicas donde se enseñara gratuitamente las ciencias. Preparó a los jesuitas para esta tarea, los entusiasmó con la profesión de enseñar y fundó escuelas, colegios y Universidades.

Primeramente capacitó a los suyos para realizar este designio. Puso en las *Constituciones* los fundamentos de la obra pedagógica

de la Compañía, en la parte IV, que le está reservada. Trazó como buen arquitecto las líneas principales de la organización de las Universidades, colegios y escuelas, las del humanismo cristiano, las del método de enseñanza, las de los ejercicios útiles para la formación intelectual y, por fin, las de los medios pedagógicos para el trabajo. Aquí encontramos los primeros gérmenes de todos los principios que entran en la tarea universal jesuítica de la Pedagogía.

Luego inspiró el Santo a sus hijos su fe, su confianza en la obra inmensa que emprendía. Desde entonces los jesuitas han pensado que la educación era, por decirlo así, todopoderosa para cristianizar profundamente el mundo. Podríamos citar los entusiasmos de San Francisco Javier, del doctor de la Iglesia San Pedro Canisio, el primer prefecto de estudios de la Compañía de Jesús; de San Francisco de Borja, que fundó en sus dominios la Universidad de Gandía, etc., etc.

Las fundaciones se sucedieron. Primeramente se sentía la necesidad de crear colegios destinados a albergar únicamente a los religiosos adscritos a los cursos de una Universidad. Tales colegios, mayores o universitarios, habían de ser la residencia donde aquellos jóvenes religiosos hallaran el recogimiento y la dirección ascética igualmente indispensables. Tal es la institución de la que habla San Ignacio en los primeros esbozos que trazó de las Constituciones acerca de los colegios. No era aquello todavía el Colegio con cuerpo docente, pero sí su prenuncio o precursor. Notables progresos favorecen la naciente Orden, y bien pronto el Colegio-Pedagógico se convierte en Colegio-Universidad, donde enseña un cuerpo profesoral autónomo tanto a los alumnos propios como a otros externos, en clases públicas y gratuitas. El primer Estudiantado abierto, después del de Roma, fué el de Coimbra, que sirvió de Seminario para las Indias, el Japón y Brasil. Y entre los colegios, fué el primero el de Goa, dirigido por San Francisco Javier, que proyectaba la apertura inmediata de una Universidad en el Japón.

Impulsado siempre por la misma idea de multiplicar los frutos de sus ministerios, conoció la utilidad capital de los Seminarios internacionales e interprovinciales; lo que hizo exclamar al

historiador Pedro de Ribadeneyra que San Ignacio concebía designios tan altos y atrevidos que todos los admiraban sólo con verlos en el papel. El Colegio Romano, en Roma, actual Universidad Gregoriana, tenía por fin reunir estudiantes de diversas naciones. En él se hablaban hasta 16 lenguas naturales diversas, y, con todo, no había entre ellos más que un solo corazón y una sola alma. La fundación del Colegio Germánico, también en Roma, se emprendió sólo porque San Ignacio veía en él el modo de penetrar en Alemania con hombres selectos. La misma táctica siguió con Abisinia, multiplicando la fundación de escuelas dentro de sus naturales fronteras, y colegios en Goa, Chipre, Coimbra y Roma para los abisinios más aventajados y dotados. A la muerte del Santo la Compañía contaba con más de mil miembros, repartidos en 12 provincias, y más de 100 casas, más de la mitad colegios y Universidades, con 33 externados, además de la Pontificia Universidad Gregoriana y el Colegio Germánico

Por todas partes el creciente éxito de las instituciones escolares jesuíticas alentaban a los educadores. Su fe y confianza no hacían más que crecer. Los hombres de mayor talento se dedicaban con afán a esta sublime tarea. Para las necesidades de la educación escribirán centenares de comentarios de autores latinos y griegos, compondrán toda clase de obras en prosa y en verso, de metodologías y técnicas para conocer a fondo a los alumnos, textos, temas de composición y cuanto en el campo de la ilustración represente un valor positivo, aristocrático, universal y humano.

No nos es posible dar en detalle toda la tarea ignaciana en Pedagogía. Sería un trabajo amplísimo y variadísimo; en su lugar he aquí un esquema sumarísimo sobre las grandes líneas de la estructura pedagógica ignaciana.

La característica fundamental de la legislación pedagógica ignaciana es no proponer en ningún caso un sistema de educación que se extienda y llegue hasta las últimas aplicaciones de detalle. Trazar las grandes líneas e imponer a cada cual el cuidado y la obligación de ultimar el diseño; infundir cierto impulso o movimiento para poner en juego el «coeficiente personal», he aquí un modo que entra de lleno en la manera de portarse el Fundador. Supuesto el celo por la enseñanza y supuesta la preparación téc-

nica y profesional del individuo, San Ignacio se goza en dejar campo libre a la iniciativa y generosidad de los jesuitas. Nada de cierta estrechez tiránica, tampoco libertad que pueda degenerar en arbitrariedad. A cada uno incumbe el completar las normas o direcciones recibidas, no dejando al azar nada, y no aprovechándose de la amplitud o libertad de acción que se les concede, sino para mejor aplicar las órdenes recibidas a las circunstancias de todo orden en que se encuentre. Normas y direcciones generales, pero con autodeterminación dentro de los límites posibles.

San Ignacio desea de los profesores *celo* y *entusiasmo* por la tarea educativa (1), *ciencia retulgente* en clase, en público, en escritos y en conferencias (2) y *método*.

(1) Este celo provendrá originariamente de la vocación a la Compañía y de la gracia de estado, luego de la misión confiada al Instituto, confirmada por autoridad pontificia. En una instrucción enviada a los colegios de Loreto y Bolonia se lee textualmente: «*Oficio de los maestros...* Por cuanto Dios ha movido a nuestra Compañía a tomar esta empresa de enseñar letras y buenas costumbres a la juventud, a mayor gloria de Su Divina Majestad y perfección y bienandanza de la dicha juventud, es menester que nuestros maestros, con verdadera caridad y ardiente celo del honor divino y de la salud y ayuda espiritual de nuestros prójimos, se dispongan a hacer este oficio con toda diligencia y solicitud, tomando con gusto estos trabajos y fatigas por Jesucristo Nuestro Señor, ya que se encuentran en el mundo tantos que lo hacen por ganancia y por intereses particulares, donde Dios no es tan honrado con este oficio de enseñar cuanto lo sería si por su amor y sincera caridad a mayor gloria suya se hiciese, como por su gracia se pretende en nuestra Compañía. Dos cosas, pues, considerarán nuestros maestros: la primera que sean solícitos de tratar los mejores autores que haya en cada Facultad y de estudiarlos diligentísimamente... La segunda cosa es, que, además del buen ejemplo, se ha de esforzar con juicio y discreción por inducir con frecuentes exhortaciones y avisos a los escolares a aquella integridad en las buenas costumbres que conviene a la juventud cristiana para mayor honra de Dios Nuestro Señor...» (*Monumenta Paedagogica*, Madrid, págs. 625-630).

(2) El Fundador deseaba que los profesores se preparasen lo más completamente posible y que esa formación fuese teórica, técnica y práctica. La teórica se les da durante diez años de estudio repartidos en Humanidades, Filosofía, Teología y el estudio de la vida espiritual, buscando siempre su conocimiento hondo, erudito y manejable. Se da la formación técnica para las lenguas antiguas, la literatura, las ciencias y la filosofía. Pero la Orden procura a todos abundantes medios para igualar a los mejores maestros en cada rama especial de la ciencia. La preparación práctica para la enseñanza comienza durante el

Ante todo, método. Lo tiene por absolutamente necesario en la vida espiritual y en la vida colegial. De nada vale el celo más ardiente ni la ciencia más profunda si no se posee un método para enseñar y educar, que evite la improvisación, la inspiración caprichosa, la volubilidad y la novelería.

Cuando ha de inspirarse en el método o modo de ser en la misión docente, San Ignacio se vuelve a París, cuya manera escoge y cuyas tradiciones docentes y educativas introduce en su legislación. La Universidad era para él la meta de la enseñanza y del quehacer educativo. Universitario por sus estudios, *la pedagogía ignaciana* es asimismo *universitaria*. Lo es la Compañía de Jesús desde sus comienzos y lo es ahora por la dirección que ordena en la Enseñanza Media, por la formación de sus profesores, por los numerosos jesuitas que profesan en Universidades, por las Universidades que regenta en todo el mundo y por la altura máxima de sus obras de investigación, docencia, publicación, etc. Para San Ignacio, la Universidad, corona y cima de la organización cultural, tiene un cuádruple objetivo, a saber: ser la conservadora de la vida superior del espíritu. Como institución de enseñanza es un órgano de la herencia cultural, y su tarea es el mantenimiento y perfeccionamiento de esa herencia. La Universidad debe cuidar de la preparación de vocaciones superiores que rindan en la sociedad un servicio próspero; ella debe ser la iniciadora de las investigaciones científicas, la formadora de hombres y personalidades que sean directores espirituales de la nación, y, finalmente, a la Universidad se le exige la elevación del nivel de la cultura del pueblo. ¡Maravillosa concepción de la Universidad! Mas esta Universidad y todo el complejo educacional que a ella conduce debe estar matizado de humanismo, de universalidad, de catolicidad. La formación del hombre en su maravillosa unidad, en su excelso destino, en su misión trascendente; formación moral más que científica, virtuosa y voluntariosa más que «elegante», con criterio religioso predominante sobre el criterio mundano, tem-

trienio del Magisterio. Formación total que se imparte en pocas Universidades, aun de mucho renombre. En muchísimos documentos San Ignacio pregunta por la formación de los destinados a la enseñanza, pidiendo informes detalladísimos sobre estos capítulos: doctrina, diligencia, asiduidad y celo.

poral y pasajero. Como se dice en los *Ejercicios Espirituales*, el principio y fundamento del hombre es servir a Dios con aristocracia, con rendimiento selectivo, con afán de perfección. Nada de cuanto significa coartación o cercenamiento entra dentro de la mentalidad ignaciana: su lema de la «mayor gloria» de Dios es amplísimo como la inmensidad del mar, comprensivo, adaptable, multifacético; sabe acomodarse siempre que haya garantía de éxito. Lo que es «mayor» es «mejor», pero no con rigor minúsculo del que observa a través de un ultramicroscopio, sino con la anchura de un servicio de Dios, de una recia personalidad, de un varonil carácter constructor.

Funda su Pedagogía sobre la ciencia y la experiencia, sobre las verdades de la fe y de la razón; abriendo sus cauces a la revelación y a la metafísica, mira al niño (y en él, al hombre) como portador de valores eternos. Acepta toda novedad, nada de «lo nuevo» le es adverso, huye de la rutina, adapta el progreso de cada día, y, siempre, anclada en la mente de Ignacio, la pedagogía de sus instituciones docentes es progresiva, moderna ambiciosa.

Para que todo el quehacer educacional tenga un inmediato éxito debe tender a un mismo fin. *Convergencia* de profesores, subordinados a una tarea fija, neta y ordenada; subordinación y jerarquía de los ejercicios escolares y extraescolares; unidad de miras, semejanza de actuaciones, coherencia de métodos, continuidad del esfuerzo; escala de valores y dar a cada momento el significado propio, con criterio unificador que es creador.

Esta convergencia debe brillar en la *colaboración entre el educador y el educando*, entre el profesor y el alumno, entre el inspector y el colegial. Colaboración fincada en la mutua comprensión y estima, en el conocimiento de las aptitudes y deficiencias del niño, en adaptarse a su desarrollo, en estimularle al trabajo personal, en darle cierta beligerancia y responsabilidad, en consultarle cuando sea oportuno y en sentirse su amigo fiel y consejero desinteresado. La educación es obra de la ejemplaridad y del amor.

Tal colaboración, real y no fingida, sólo es posible si se aplica el *método activo*. Aprender es trabajo personal, es crecer en saber y en sabiduría, es ejercitarse, poner en juego las posibilidades del niño. Como en los *Ejercicios Espirituales*, así también en los EJER-

CICIOS ESCOLARES el alumno debe tener conciencia de lo que quiere y desea. Jamás se ha de sustituir la actividad del alumno con la del profesor, ya que su oficio es ponerle en condiciones de que halle, por su propia actividad, la perfección. El profesor entrega la herramienta que, puesta en las manos infantiles, elabore, según el modelo divino, una personalidad. Este cuidado de la actividad en el alumno preside las prescripciones metodológicas del Primer Preósito de la Compañía. También en esas prescripciones sigue siendo San Ignacio el hombre convencido de que las ideas elaboradas por el propio sujeto son las únicas que dejan huella duradera; las únicas, a su juicio, capaces de estereotiparse en su memoria y las únicas capaces de desarrollar sus facultades. Por eso, escribiendo a los estudiantes de Coimbra, el mayor escollo que les señala, tanto para el estudio como para la vida espiritual, es «la pasividad, la negligencia, el aburrimiento». Hablando del fervor que les ha de impulsar a consagrarse por entero al estudio de las ciencias y al trabajo de la perfección, les dice que un solo esfuerzo verdaderamente activo produce más y mayores frutos que mil otros actos ejercitados sin energía. El discípulo que estudia con ardor, hace más en poco tiempo que un espíritu indolente y apático en muchos días (3).

(3) En aquellos tiempos la escuela era pasiva, rutinaria. La lucha de los jesuitas contra esta escuela consistió primeramente en prohibir en cuanto fuese posible el dar la clase escrita, leída o dictada. El abuso es siempre desastroso. «Si no hay uso de dictar, que no se introduzca; si lo hay, procúrese abolirlo»; es la ley general de la *Ratio* de 1586, al tratar de las prelecciones. En lugar de esta aburridísima manera de enseñar, introdujeron y organizaron una serie de *ejercicios escolares*. La clase activa debe provocar una actividad complementaria fuera de la clase. Según NADAL, «además de los ejercicios que se han expuesto de oír, repetir, anotar, disputar, comprender, hablar y declamar en público, habrán de ejercitarse en privado para adquirir una inteligencia más profunda del asunto, formar el juicio y grabarlo en la memoria» (*Scholia in Constitutiones et declarationes S. Ignatii*, pág. 4, cap. VI). Los ejercicios aconsejados a los alumnos para fuera de las clases serán de todo género: lecturas personales dirigidas; composiciones extraordinarias hechas libremente y por pura diligencia, castigos útiles y formativos, como las lecciones que cultivan la memoria; hay tareas extraordinarias hechas a voluntad y por pura diligencia, como un poema, un discurso, una explicación, etc.; la preparación de las fiestas literarias; concursos organizados, especialmente para el ingreso en la Aca-

A estas normas directivas añade San Ignacio la polarización, la *concentración*. Por eso, prescribió que a los estudiantes se les quitase cuidadosamente cuanto pudiera distraer sus espíritus de los estudios, ora se tratase de devociones, de trabajos u ocupaciones domésticas, apostolado o cosas similares, exteriores o interiores: para ser fecundos los estudios reclaman el hombre todo entero. Realista, como es, San Ignacio ha observado que la dispersión de los esfuerzos los condena a la inutilidad, tanto en el orden especulativo como en el práctico. El alumno debe vivir en cierto retiro o recogimiento continuo. No teniendo dividido el espíritu entre toda clase de objetos, aplicará todo su cuidado y actividad al trabajo presente y empleará con mayor libertad sus potencias naturales para el estudio diligente. Y reclama insistentemente una armonía, lo más perfecta que se pueda, entre la actividad corpórea y los pensamientos del espíritu, entre el uso de las cosas exteriores y las preocupaciones intelectuales de cada momento. A este precio, y sólo a este precio, se asegura la profundidad de penetración en las verdades estudiadas, profundidad preferible a la mera extensión de conocimientos, a la erudición ligera aunque sea enciclopédica.

¿Será posible la actividad del escolar, la concentración de sus esfuerzos y la armonía o equilibrio de su ser, sin interés por la tarea escolar? De ninguna manera. La gran ley de la enseñanza es el *interés*. San Ignacio atribuye una gran importancia al entusiasmo, a la grandeza y anchura de corazón, a la intensidad de la vida, a la magnanimidad con que el hombre se lanza a la acción y al trabajo. Es que es un medio, positivo excitador de energía y energías, mucho más eficaz que el miedo o el temor. Esa magnanimidad es para él el gran factor del éxito. En los *Ejercicios Espirituales*, sobre todo, se leen expresiones como éstas: « al que rescibe los ejercicios, mucho aprouecha entrar en ellos con grande ánimo y liberalidad para con su Criador y Señor.» Pues, ¿y la seguridad que tiene Ignacio de la eficacia de la *alegría*? (4).

demia o para solemnizar sus reuniones; asistencia mutua de los alumnos entre sí, ayudando los más fuertes a los más flojos a repetir las explicaciones de los profesores y teniendo con ello ocasión de ejercitarse. Sucede que los compañeros al ejercitarse hacen progresos inesperados.

(4) Los medios para sostener el interés dependen, según la *Ratio*, de la

Las *Constituciones* señalan un escollo y una palanca de este entusiasmo. El escollo sería, en lenguaje moderno, el agotamiento. Tiene que haber, por una parte, interrupciones en los estudios, como tiene que haber, por otra, perseverancia y constancia. Al director de estudios incumbe el combinar las dosis de estos dos elementos, según las circunstancias de personas y lugares, con vacaciones y descansos sabiamente distribuídos. Y, por eso, San Ignacio hablará de las vacaciones semanales, de las recreaciones diarias, de no hacer estudiar a los jóvenes en las horas perjudiciales para la salud del cuerpo, de buscarles cierto confort o comodidades de casa, local, material, etc.

La gran palanca es la *emulación*. La cita con las siguientes palabras: «para que más se ayuden los estudiantes sería bien poner algunos iguales, que con santa emulación se inciten»; esta emulación presidirá el mecanismo de casi todos los ejercicios por él aconsejados y otros que los tiempos aconsejen, vibrará en los concursos, en los premios y recompensas, en la clase y en los deportes, como aparecen posteriormente en la *Ratio*.

Esta emulación no sólo está dirigida a vencer a otros en clase, en las concertaciones, en el combate escolar, sino a superarse personalmente, a fomentar la voluntad de vencerse a sí mismo, de dominar los propios resortes y dirigirlos convenientemente. El método combativo pone en juego determinados instintos nobles, potentes e irresistibles necesidades de la juventud, que sirven para desarrollar el ingenio. El método de emulación, a su vez, enfrenta noblemente a todos los alumnos de un Colegio, a todos sus elemen-

habilidad de cada profesor. Son muy variados y la experiencia los sugiere en abundancia; pero cada profesor los busca, inspirado en su propio ingenio. Porque, en efecto, un profesor es hombre de recursos o no es profesor. Los medios que se dan generalmente son éstos, sintéticamente: 1) La supresión de clases dictadas; 2) Los honores rendidos oficialmente a los estudios y los festejos al trabajo escolar: manifestaciones públicas, solemnidades académicas, publicación de listas honoríficas, distribución de premios, exposiciones de trabajos de clase, etc.; 3) La enseñanza por lo concreto sensible; 4) El apelar a todos los buenos instintos de la naturaleza: emulación e instinto combativo; 5) La variedad en los ejercicios, y 6) El éxito asegurado metódicamente a cada alumno: ayuda del profesor y del repetidor, la adaptación de las composiciones al gusto de cada uno, la emulación.

tos que se sienten vibrar ante el mérito y el honor. La emulación es la flor del entusiasmo, es un camino fácil de poner en actividad las posibilidades de cada joven, trabajando sólo o en equipos.

Otras dos facetas maravillosas de la Pedagogía ignaciana son, por una parte, su *método colectivo o social*, y por otra, el *conocimiento psicológico del individuo*, con la consiguiente *adaptación* a su realidad concreta y viva.

En efecto, en esta Pedagogía el individuo es tratado como un ser social, como elemento de la sociedad, dentro de la cual progresa cumplidamente. La individualidad no puede adquirir su plenitud si no toma su savia en la sociedad y trabaja por el acrecentamiento de la misma sociedad. El joven de mayores porvenires, educado aisladamente, se malogra, llegando, en su aislamiento y soledad, a hacerse raro, estrambótico, inútil. Educarlo socialmente no es lo mismo que educarlo en masa. El internado goza de las máximas garantías de formar jefes y rectores, siempre que el grupo de alumnos, viviendo socialmente, sea tratado con personal responsabilidad, con libertad selectiva, con fraternal intimidad. No hay jefes sin agrupación sobre la que ejerza su caudillaje sobreponiéndose ejemplamente. El Colegio, la clase, el equipo da a cada cual la oportunidad de expandir su propio valer, de mandar y de obedecer, de servir y de requerir ayuda, de comprender y ser comprendido, de ser una vez elemento activo, y otra receptivo. Este toma y daca, esta conjunción entre individuo y colectividad, es un campo maravilloso de educación social. Cuanto hemos dicho anteriormente nos da la convicción que la Pedagogía jesuítica está hecha para ser aplicada colectivamente. La convergencia, la colaboración, el método activo, la emulación y el interés sólo son posibles entre individuos, en clases numerosas, y no en el régimen de preceptorías privadas o de grupos insignificantes.

El papel educativo de la comunidad y su valor para formar «hombres» ha sido destacada por muchos pedagogos. La educación hace que el individuo llegue a su plenitud humana, porque lo inicia en la herencia social, lo enriquece con el tesoro hereditario de la experiencia de la vida de toda la raza y le comunica el capital cultural y civilizador tradicional. La sociedad, como grupo dentro del cual nace y vive el individuo, es por sí, también edu-

cadora ; educa como por ósmosis, funcionalmente. La familia y el Colegio, grupos naturales del niño, y el Internado, una manera práctica de llevar un Colegio, encierran proporcionalmente todas las ventajas que se admiran en la «sociedad», siempre que esta educación sea conjuntamente negocio social y negocio personal, siempre que la pedagogía social y la pedagogía individual se complementen, se conjuguen como se verifica en la vida.

San Ignacio se preocupa hondamente del individuo, en su historia personal y destino eterno, y en su historia colectiva y misión terrena. Por eso en su Pedagogía quiere que el educador y el maestro se *adapten a la capacidad del alumno*. Supone que existe esa adaptación cuando escribe normas directivas a los rectores, cuando ordena que se establezcan profesores distintos para las diversas clases de alumnos : norma que se aplicará hasta subdividir las clases según las capacidades de los discípulos, de modo que se tengan no dos clases de igual nivel, sino de diverso, por ejemplo, una «grammatica media inferior» y otra «grammatica media superior». San Ignacio admiraba el método parisino tanto, que lo impuso en todos los Colegios, levemente corregido con el método italiano. Y ello se debía, en parte, a la mejor adaptación de la enseñanza que reinaba en la Universidad de París y a las ventajas que de esa adaptación resultaban para el progreso intelectual de los alumnos. Como en los *Ejercicios Espirituales*, también en los escolares aconseja una sabia gradación, un reglamento dado, no al azar o *a priori*, sino en consonancia y a medida de las necesidades que la edad, la formación anterior, el fin especial de cada muchacho, la suma de conocimientos que posea, etc., sean elementos de juicio y de determinación. Exige en el educador y en el maestro suma claridad de conceptos y de exposición, utilización de los métodos o procesos concretos, como el empleo de la imagen, de la historia, del dramatismo, de la escena en movimiento, de los cuadros y del gráfico. El gran consejo de San Ignacio, en cuestión de métodos, es éste : «Ten cuidado de adaptarte a tu auditorio», a tu alumno, a tu educando ; consejo que entraña un cuidado constante de la claridad y un llamamiento frecuente a la imaginación. Ambas cosas las reclama toda enseñanza ; y la instrucción de los niños jóvenes so pena de un completo fracaso.

Esta misma adaptación lleva consigo la preocupación que podríamos llamar *de lenta asimilación*. Muy lejos de la Pedagogía ignaciana está la precipitación, el querer quemar etapas aun tratándose de niños intelectualmente bien dotados. La educación no coincide con la velocidad, porque es obra natural y en consecuencia debe seguir el paso lento de la naturaleza: *sequere naturam*. El agobio, que consiste en hacer a la vez y lo más pronto todas las cosas posibles; la precipitación, que atolondradamente atropella asignaturas y temas; el desorden, que confunde términos y conceptos, estaban en todo su auge en el siglo XVI. San Ignacio, dentro de ese mismo desorden, que no podía ser remediado de inmediatas, estableció ciclos sucesivos: el gramatical, el literario, el científico, el filosófico y el teológico. Sin variar las materias variará los ejercicios, las concertaciones, los trabajos personales. Al profesor aconsejará parsimonia, repeticiones, aplicaciones, observar las cosas desde los diversos puntos de vista. Ejercitar mucho al alumno; ahora bien, ejercitarse es asimilar, y la asimilación es una operación lenta, aunque definitiva.

Un autor francés, Gaetan Bernoville, reconoce que el método de adaptación es esencial al método ignaciano y de la *Ratio*. A propósito de las *Constituciones*, escribe: «Hay en los jesuitas una firme voluntad de adaptación a los lugares y a las circunstancias... El jesuita debe necesariamente estudiar y dosificar los medios que emplea, apropiarlos a mentalidades y necesidades, que varían hasta lo infinito» (5). San Ignacio expresó este pensamiento con claridad y fuerza, aplicándolo al gobierno, al cuidado de la salud y al remedio de la enfermedad, al apostolado y ministerio sacerdotal, al trato con los demás, a la conversación; así, por ejemplo: «entre los distintos modos de gobernar, seguramente el más dulce de todos y que trae mejores resultados consiste en dar a cada uno, en cuanto sea posible, una ocupación en armonía con sus inclinaciones razonables». Y, así también, en la educación. Para llevar a la práctica este consejo, diversos jesuitas quisieron llevar el problema al campo científico, para lo que buscaron elementos de trabajo en la filosofía griega y en los trabajos rudimen-

(5) *Los jesuitas*, en diversas partes. (Madrid, 1942.)

tarios sobre la diferencia psicológica y físico-anatómica, como base de una diferenciación individual y de una pedagogía diferencial.

Possevino, hombre de gran capacidad y experiencia, en su obra *De Cultura ingeniorum*, estudia los elementos que pueden influir en la vida, en la inteligencia, en la «psiche», en la personalidad. Comprueba la diferencia de talentos y de otras cualidades. Siendo la naturaleza, dice, la misma en todos los hombres, la variedad de talentos resultará de la combinación de los cuatro elementos. Las capacidades varían, además, según las edades. Las enfermedades, los hábitos adquiridos, los favores del cielo tienen también mucha influencia. Otras causas de diferenciación pueden ser la ley, la educación, la diversidad de costumbres, los alimentos, etc. De esas múltiples causas resulta una infinita heterogeneidad de espíritus. Así, sigue Possevino investigando la diversidad que existe entre los niños, la necesidad de conocerla en cada individuo, y los medios (hoy los llamaríamos *test de orientación*) para llegar a este resultado. No nos costará saludar en Possevino al precursor de la moderna Pedagogía, tan atenta en recomendar la investigación metódica de los caracteres individuales que permitan adaptarse mejor, orientar y dirigir a los niños (6). Esta preocupación lo fué también de otros jesuitas, deseosos de cumplir exactamente las normas ignacianas. Baste citar las palabras de Sacchini: «no todos los niños se han de formar de la misma manera; unos y otros tienen su sitio, su función y, por decirlo así, su melodía. El educador debe cuidar del conjunto y acomodarse con exactitud a cada uno» (7). Y el P. Juvenio: «El educador procurará conocer la índole de cada alumno,

(6) A. POSSEVINI, MANTUANI, S. J.: *Biblioteca selecta e ratione studiorum recognita novissime ab eodem et laucta et in dous tomos distributa*. (Coloniae Agrippinae, MDCVII.) *Bibliotheca selecta quo agitud de ratione studiorum in historia, in disciplinis, in salute omnium procurante*. (Romae, ex Typographia Apostolica Vaticana, 1593.) *De cultura ingeniorum*, I. I, cap. X, passim.

(7) F. SACCHINI, S. J.: *Paraenesis ad magistros cholorum inf. S. J.* (Romae, 1625), C. V., pág. 37.

con el fin de tratarlo según sus cualidades y sus defectos, y llevarlo según sus aficiones» (8).

Por lo cual, la regla de conducta que nos recomiendan las directrices de los Superiores Mayores es la de la *medida*, que se guarde siempre la medida conveniente. La manera de formar a los niños, dice Le Gaudier, S. J., «debe adaptarse a la edad y al carácter de cada persona; un educador prudente encontrará fácilmente el justo medio si procura ardientemente conocer la índole peculiar de cada uno y sugerirle lo que parezca más oportuno, según sus disposiciones y actual capacidad» (9).

Teniendo en cuenta este tema de la adaptación del quehacer educativo a las condiciones del individuo, y otros puntos de la Pedagogía ignaciana, se ha dicho que uno de los métodos más principales de la misma es el «método psicológico». Dice a este propósito Charmot: «el conocimiento profundo de la niñez y de los niños debe dirigir al profesor en la elección de industrias pedagógicas. Será el fruto del amor paterno, de la observación atenta, de una experiencia prolongada y de un estudio científico de la naturaleza humana. Un maestro no sigue la *Ratio* si no procura de continuo proporcionar su enseñanza con al capacidad de cada alumno, contestar su apetito y satisfacer sus buenas inclinaciones» (10).

Hemos dicho anteriormente que el educador jesuíta necesita tres virtudes o presupuestos fundamentales, a saber: fe y celo en su misión educadora; ciencia, que consiste fundamentalmente en una preparación técnica y en una cultura general amplia y bien cimentada, y, finalmente, método. Hemos dado toda la amplitud de este artículo al método.

Para realizar su designio pedagógico, la Compañía no había de admitir método alguno que por una parte no estuviese en armonía con la verdadera naturaleza del niño (aspecto psicológico)

(8) J. JUVENCIO (JOUVANEY), S. J.: *Christianis magistris de ratione discendi et docendi* (Parisiis, MDCXCI), C. I, a. II.

(9) P. LE GAUDIER: *De natura et statibus perfectionis*. (Parisiis, MDCXLIV), P. V., sect. XVI, C. VII.

(10) F. CHARMOT, S. J.: *La pedagogía de los jesuitas*. (Madrid, 1952), página 359, passim.

y que no pudiera, por otra parte, hacer progresar su mente en el sentido del humanismo (aspecto filosófico). En consecuencia, el método jesuítico debe caracterizarse por dos causas: la causa final, que es el desarrollo armónico de las facultades, y la causa formal, que es el despertar de las tendencias activas, adormecidas todavía en lo más profundo de las almas adolescentes. Método, si se quiere, complejo, como todo el quehacer educativo, porque no supone solamente el talento de comunicar a los niños una masa determinada de saber (lo que ya exige de por sí el manejo hábil de variadas técnicas), sino también el de hacerle adquirir determinado número de hábitos intelectuales, que son el arte de instruirse, el arte de pensar, el arte de profundizar y el arte de crear. Bello ideal, que si fué posible alguna vez, hoy nos es totalmente imposible, porque está casi muerto por la cantidad y variedad de asignaturas, por la multiplicidad y chabacanería comercial de los textos, por la escasa preparación docente del profesorado, por la indisciplina de la vida familiar y social, por la actividad difusa y desordenada del niño y del joven, y, sobre todo, por la total inadaptación actual de la Pedagogía a la actual condición de la vida. En Pedagogía es necesaria una revolución como la que efectuó San Ignacio de Loyola. Fué tratado en su tiempo de «revolucionario» de la enseñanza. Tal vez no inventó nuevos recursos, ni nuevos métodos, ni nuevas asignaturas; pero sí supo ordenarlo todo, jerarquizarlo, verificarlo, darle esplendor y brillo. El tema del origen de la Pedagogía ignaciana ha tenido su historiador, que cree hallar las fuentes en anteriores organizaciones: Universidad parisina, los hermanos de la vida común, la atmósfera escolar y religiosa del siglo XVI, especialmente los humanistas Erasmo, Vives y Manucio, la experiencia de los mismos jesuitas y la doctrina de los antiguos, sobre todo Quintiliano (11). Pero todo esto, con ser cierto, no toca el alma de la Pedagogía ignaciana. Esos elementos

(11) J. B. HERMAN, S. J.: *La pédagogie des jésuites au XVI siècle. Ses sources. Ses caractéristique.* (Louvain, 1914.) Ya damos en el texto los capítulos de la primera parte. Cuanto a las características de la pedagogía jesuítica explica los siguientes puntos: Características exteriores. Características interiores: unidad de la enseñanza; el profesor, su importancia, formación, celo,

estaban decadentes, desusados o desautorizados, languidecían por falta de un cerebro organizador que los rehiciera. Ese cerebro fué San Ignacio. Y la obra principal de ese cerebro fué *actualizar* todo ese sistema. La *oportunidad* del sistema pedagógico ignaciano fué grande, y se demuestra en la aleación que existió entre el pensamiento ignaciano y las necesidades de la vida, pero no su pensamiento original, sin mezcla, total y exacto (12).

Esta oportunidad da al pensamiento garantías de supervivencia, pero no se las da a su aplicación. Por eso, quien afirma que ha caducado, que su tiempo ha pasado, que es arcaico, que es necesario adaptarlo o echarlo por la borda, tiene razón. Así pasa con todo lo humano. Precisamente el haber tardado en esa adaptación o reajuste, el haber permanecido excesivamente adicto al Renacimiento que le dió vida y vivencias, el haberse empantado en el rigor de la letra... le quitó actualidad. Pero ¿se podría rejuvenecerle? Así lo creyeron los jesuitas a principio del siglo XIX. Tan pronto como fué restablecida la Compañía trabajó por refundir el antiguo texto de la *Ratio, no los principios* ignacianos. En 1820 se nombró una comisión para revisar la antigua *Ratio*, y se determinó que el trabajo de los peritos señalados con este fin se llevaría al cabo con la cooperación de todos los jesuitas. Hasta 1832 la nueva *Ratio* no fué enviada a todos los colegios e instituciones escolares. Hoy se trata de una nueva revisión. Los sucesivos intentos de readaptación han encontrado eco en aquellas palabras del P. Pedro Beckv, General de la Compañía, el cual, es-

etcétera; postura de los jesuitas frente al problema de las humanidades; la elocuencia latina, como cultura del hombre ideal; teorías sobre el estudio de las lenguas antiguas; la explicación de autores; la preceptiva literaria; las composiciones. Cf. P. LETURIA, S. J.: *Perchè la Compagnia di Gesù divenne un Ordine insegnante*, en la revista «Gregorianum» (Roma. Vol. XXI). J. M. GRANERO, S. J.: *Orígenes de la educación jesuítica*, en la revista «Razón y Fe» (vol. CXLV). ALLAN P. FARRELL, S. J.: *Colleges for extern students opened in the lifetime of St. Ignatius*, en la revista «Archivum Societatis Jesú» (1937, págs. 287 ss.).

(12) J. M. AICARDO, S. J.: *Comentario a las Constituciones de la C. de J.* Vol. I II (Madrid, 1923). J. MISSON, S. J.: *Las ideas pedagógicas de San Ignacio de Loyola* (Roma, 1933). R. RUIZ AMADO, S. J.: *Pedagogía ignaciana o Ideas fundamentales de S. Ignacio de Loyola, en materia de educación* (Barcelona, 1912).

cribiendo en 1855 el Conde de Thun, Ministro de Instrucción Pública de Austria, respondía a una petición del Conde sobre las posibilidades de poner de acuerdo las leyes del Imperio y los métodos de la Compañía. Dice el P. General: «No nos creemos, con todo, tan obligados a seguir servilmente la *Ratio* que no podamos admitir alguna modificación en las cuestiones que se refieren solamente al método de enseñanza; todo cuanto el verdadero progreso de las letras, todo lo que las circunstancias de tiempo parece que exigen, nuestra *Ratio studiorum* puede admitirlo; porque no se parece a un cadáver, antes bien, a un organismo vivo, que encierra en sí el germen de todo ulterior desarrollo.»

La *Ratio* es, ante todo, un espíritu; es el pensamiento del Fundador, producto natural de los *Ejercicios Espirituales*, de las *Constituciones* y de la *Normas* de San Ignacio, que perdurarán siempre palpitante. La letra puede y debe ser recogida, completada, compuesta sobre un nuevo plan. Lo que importa es el concepto de la vida, la forma de educación, los métodos de pedagogía, conforme a la soberana independencia de la fe cristiana. El «organismo vivo», el «germen de todo ulterior desarrollo» permanece. El espíritu ignaciano tiene garantías de permanencia; si la pedagogía jesuítica conserva ese espíritu, y en cada época la adapta y modela, la *Ratio*, concreción de esa Pedagogía, tendrá efectividad.

A. GARMENDIA DE OTAOLA
Director del Instituto de Selección
Escolar de Vizcaya

S U M M A R Y

The author, after offering a short account of the works and life of St. Ignatius of Loyola, studies the pedagogical elements of the same and their influence not only on his works but also on those of the first members of the Company of Jesus. His *Spiritual Exercises* and his *Letters* show the most important features of the Jesuit activity both of the teachers and of their methods. The university sense of the Jesuit pedagogy, the relationships with the pupil, the concentration and interest, the functional method, the adaptation to the individual... are acutely gathered by the author who offers a selected bibliography at the foot of the page.